



ARCHIVO FILOSÓFICO ARGENTINO

Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires

Centro de Estudios Filosóficos Eugenio Pucciarelli

EL FILÓSOFO EN EL MUNDO DE HOY¹

Adolfo P. Carpio

1. *La filosofía, hoy*

Probablemente nunca se ha usado –y abusado- tanto de la palabra “filosofía” como en nuestros días. Ahora resulta que no es sólo cosa de filósofos – como la medicina de los médicos y la economía de los economistas-, sino también de los funcionarios de gobierno y de los partidos políticos, de los enfoques económicos y de la orientación de las empresas comerciales. No hace mucho leí en un periódico: “Filosofía del alambrado eléctrico”. Hace pocos días un amigo me señalaba, en una publicación dedicada al golf, el título: “La filosofía del *putting*”. De manera que hemos llegado al punto en que la palabra “filosofía” se emplea para cualquier cosa, y por ende ya no significa nada. Entonces se nos ocurre pensar si lo que en realidad acontece es nada menos que esto: que la filosofía misma –no meramente la palabra- carece de sentido. Y en efecto, se ha hablado bastante del “fin de la filosofía”. ¡Pobres de nosotros –sus “profesionales”!. *Vae victis!*

El filósofo, entonces se siente desorientado –no sabe qué hacer, o, mejor, no sabe cuál es su quehacer. Sin duda, puede emprender el estudio y renovado examen de los textos clásicos. Pero si tiene alma y temple de verdadero filósofo – o pretensión de serlo -, no puede bastarle nada de aquello, aun a sabiendas de que los grandes modelos son insuperables y aun si se conforma con el modesto epigonato.

2. *Reproches contra el filósofo*

¹ Publicado originalmente en *El filósofo en el mundo de hoy*, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, pp. 09-16, 2008.

Mas si a pesar de todo se dispone a la tarea del pensar, suele ocurrirle que se siente presionado por círculos de “colegas” y en general de intelectuales –por el zoológico espiritual (*geistiges Tierreich*) de que hablaba Hegel-, que intentan prescribirle sus tareas y dictarle sus temas. Suelen hacerlo de modo (aparentemente) negativo, asegurándole que aquello que la gran tradición dio por “filosofía”, ya es cosa “perimida” y “obsoleta”. Si tuviéramos que resumir los reproches que se le dirigen al filósofo, diríamos que se lo acusa de *inutilidad* y de *ineficacia*.

Según la primera censura –una de cuyas raíces se hunde en el marxismo-, la filosofía es *inútil* porque no contribuye a la revolución, es decir, porque el pensamiento “puro” es incapaz de transformar el mundo. Sólo sería lícita, desde este punto de vista, la praxis críticamente dirigida u orientada –esto es, el pensamiento puesto al servicio de la transformación revolucionaria del mundo económico, social y político. Lo que “cuenta” son los hombres reales y concretos que sufren injusticia, las clases sociales y los pueblos enteros.

El segundo reproche –de cuño positivista- insiste en la *irrealidad* de la filosofía, porque sus temas- el ser, el alma, el principio de las cosas, Dios, etc. -, no constituyen nada “real”, sino puras vaguedades, palabras vacías, abstracciones sin contenido, confusiones del lenguaje, puras ficciones o quimeras. Lo que interesa, en cambio, es sin duda la realidad, y contacto cognoscitivo con la realidad sólo lo brindan las ciencias –no, por cierto, la filosofía -. Por ende, si a la filosofía le queda aún algún papel que desempeñar, será el de convertirse en un apéndice de la ciencia: la filosofía no puede ser sino epistemología. *Ancilla scientiarum*.

Ambos reproches –aunque proceden de tesis que suelen considerarse antagónicas (marxismo, filosofía de la praxis, de un lado, positivismo, pragmatismo, del otro lado) -, mantienen profundas coincidencias, no siempre suficientemente puestas de relieve. Ambos son hijos del siglo XX, y aparecen inmediatamente después de lo que suele denominarse, inadecuada y erróneamente, el “derrumbe del idealismo alemán”, y surgen a manera de reacciones contra dicho idealismo. La primera, por oposición contra el idealismo hegeliano, que habría de corregirse poniendo las cosas en su “verdadero lugar”, lo cual quiere decir: mostrando que lo fundamental y primario no es la Idea sino lo “real”, y que el pensamiento puramente contemplativo debe sustituirse por la praxis a la cual es inherente el pensar crítico. La otra declara que la filosofía –y paladinamente la del idealismo alemán- no es más que juego verbal y fantasioso, mero despliegue de imaginación desbordada e incontrolable, pero que nada tiene que ver con la realidad –lo real es aquello de que se ocupan las ciencias -. En ambos casos, pues, se apela a lo *real*, y además se identifica la realidad con la *eficacia*.

Aunque sólo sea de paso, conviene señalar que tales reproches o críticas contra la filosofía son no son enteramente nuevas. Los maravillosos griegos ya las habían adelantado, por lo menos en lo esencial: *kenòs ekeinou philosóphou lógos uph'ou meden páthos anthrópou therapeúetai*, “es vacía la doctrina de aquel filósofo que no cura ningún mal del hombre (frag. 54, Bailey), sentenciaba

Epicuro. Se conoce también la objeción de Antístenes respecto de las ideas platónicas: *hippon mèn horô, hippóteta oukh' horô*, “veo el caballo, pero no la caballez”... Lo nuevo de las críticas mencionadas no reside pues tanto en los argumentos mismos, cuanto más bien en el *peso* que han ido tomando por circunstancias que trato de esquematizar.

3. *El prestigio de la ciencia*

En efecto, si la situación de la filosofía es hoy cuestionable y cuestionada y el filósofo, el profesional, suele estar desorientado, en cambio el triunfo de la ciencia y el ascendiente del hombre de ciencia están fuera de cuestión. La ciencia goza hoy día de *prestigio* incontrastado. La creencia dominante sostiene que en definitiva es la ciencia la que nos da acceso a lo “real” y a lo “verdadero” –es decir, a lo que “hoy” se considera real y verdadero-. La ciencia y la técnica constituyen para el hombre actual “la” figura por excelencia del “espíritu” –quiero decir, la actividad más alta a que el hombre puede consagrarse -, aunque de momento dejemos sin examinar el problema de qué es tal “espíritu”, que quizás no resulte en verdad sino una deformación del espíritu genuino, su negación, una contrafactura de sí mismo.

Empero, sea como fuere: en nuestra época y en nuestro mundo, no parece que haya ninguna otra “fuerza” espiritual capaz de disputarle a la ciencia tal preeminencia: ni la religión, ni el arte, ni la literatura, *ni la filosofía*. Porque - se dice y se repite- la ciencia descubre y enseña *lo real y la verdad*.

4. *La eficacia y la transformación*

Como consecuencia de ello ocurre que, cuando se apela a la ciencia y a su “palabra”, cualquier otra pretensión enmudece. La invocación a la ciencia obra a manera de intimidación: porque quien no se incline ante la palabra de la ciencia es enemigo de la ciencia, es “anti-científico”. Estas expresiones tienen en nuestro tiempo, el tono propio del insulto, porque equivalen a bárbaro, oscurantista y retrógrado en momentos en que “todos” creen que lo importante es el “progreso”. Quien no reconozca la ciencia como tribunal supremo de toda verdad, es un “irracionalista”. ¿Y quién se atreve hoy a soportar semejante baldón? ¿Quién confiesa ser “reaccionario”, puesto que por fin “sabemos” que la marcha de la historia es la marcha del progreso científico y tecnológico, incluidas las técnicas para el mejoramiento de la vida social y económica? (En este punto el marxismo se une al coro de voces. Althusser, con estupefaciente seguridad, vociferaba que Marx había fundado la ciencia histórica, esto es, el materialismo histórico, es decir, que se había desentrañado definitivamente el motor y el sentido de la historia. Quien lo dude, anatema: “reaccionario”).

El prestigio irresistible que la ciencia ostenta, la admiración que ésta suscita por el rigor de sus métodos y la exactitud de sus predicciones, por la unanimidad con que proceden sus cultivadores, por sus irrefutables éxitos, no es cosa de nuestros días, sino que se remonta a los orígenes de la época moderna.

Pero también es cierto que ese prestigio se ha acrecentado cada vez más y que hoy exhibe un predominio incuestionable.

Ese prestigio se encuentra estrechamente enlazado con al fenómeno de la técnica, en la cual se expresa la esencia misma de la ciencia moderna. En efecto, ciencia y técnica constituyen, en el fondo, un solo fenómeno unitario, que pudiéramos denominar, con palabra híbrida “tecnociencia”. Pues la moderna ciencia de la naturaleza es fundamentalmente conocimiento de leyes *causales*; y ello, cualquiera sea la manera de interpretar tales leyes, porque (aun cuando se vea en las mismas nada más que “funciones”, v.g.) a la ciencia lo que le interesa primordialmente y hacia lo que tiende esencialmente es a la determinación de leyes o fórmulas de posible *producción de efecto*. Para la época moderna –en cuya pleamar nos encontramos hoy instalados –, el ente, lo que vale como tal, lo real, es lo *eficaz*, y la entidad (el ser) se revela como *eficacia*. Lo real es para nuestra época lo que “*causa efecto*”. Por ejemplo, esa forma de “*efecto*” que se denomina “éxito” –¿y quién no lo busca en nuestros días? ¿quién no quiere “tener éxito”, aunque sólo sea como ...profesor de filosofía? Otra forma o variedad de “efecto” es lo “impresionante”, vale decir, aquello cuyo efecto es la impresión, lo que “*causa sensación*”, según suele decirse –incluso, y sobre todo (¡desdichadamente!) lo que causa escándalo (de lo cual es buena muestra gran parte del contenido de los periódicos, del cine, de la televisión).

Todo esto es hoy por hoy lo único realmente *vigente* – nos guste o no nos guste -. Porque diciéndolo con otras palabras, la ciencia es eficaz, *sirve* produce efectos, los queridos y requeridos (aunque también, a veces, los *no* queridos)-. Pero la filosofía, en cambio, ¿para qué sirve?

Imposible dudar, pues, de la gigantesca “eficacia” la tecnociencia, que se cierne sobre todo el planeta, y un más allá de él, con su ilimitada capacidad de *transformación*, de cambio. Y estos vocablos –“transformación”, “cambio”- son como encantamientos, como palabras mágicas o hechizos, consignas perentorias frente a las cuales nada ni nadie parece capaz de resistir. “Cambio” –de estructuras (según se decía no hace mucho entre nosotros) o de modas, cambio del estado o de la Iglesia, de la familia o de la educación, o de lo que fuere; pero cambio, ¡cambio!, porque lo que la época requiere es producir cambios a toda costa (y a todo costo). En este punto, a la tecnociencia se une el pensamiento crítico de la praxis político-social, que también pretende constituir una técnica para la acción política. Pensamiento crítico y positivismo, ambos exaltan el supremo valor de la *eficacia* e identifican lo real con lo eficaz.

Todo ello – repito – podrá gustarnos o no gustarnos. Pero de todas maneras es imposible esquivar el ascendiente y la fascinación de que hoy gozan la ciencia y la técnica, y el hecho de que hoy por hoy lo que “es” –el ente- está esencial y decisivamente determinado por la ciencia y las exigencias de la acción a corto plazo. Nuestra época es la época de la tecnociencia. La ciencia y la técnica transforman el mundo; mejoran (por lo menos así se nos asegura) la vida humana; se ocupan de lo real y efectivo; conocimientos y resultados en perfecta unanimidad. La filosofía, en cambio, no sirve para nada, se ocupa con ficciones, y

los filósofos jamás se han puesto de acuerdo entre sí: su reino es el de la fantasía y la anarquía. ¿Hace falta más para hacer manifiesta la superficialidad, y aun vanidad, de la filosofía? Quien no lo admite, quien todavía hoy se empeña en filosofar, ¿no será un neurótico? Para él se ideó una filosofía terapéutica: y en último caso, que recurra al psicoanalista! (“Jeder ist gleich: wer andere fühlt, geht freiwillig ins irrenhaus!” *Zarathustra*, Vorrede).

5. La facticidad del filósofo

La situación del filósofo hoy día no es nada cómoda, por cierto; pero quizás nunca lo ha sido. Platón supo bien del desasosiego propio del filósofo en este mundo. La inagotable alegoría de la caverna alude a ello: el filósofo anhela *otro* mundo, y sin embargo se ve forzado a vivir en *éste*, que *no* es su verdadera patria. (Quizás otra vez, tal vez como en otros momentos decisivos en la historia de la filosofía, nos sea preciso volver a Platón –no para repetirlo, naturalmente, sino para recoger algunos de sus impulsos fundamentales, buscando allí el suelo de donde brote una nueva iniciativa espiritual).

Sí, pues, la descrita es la situación en que hoy se encuentra el filósofo, ¿qué ha de hacer? Tal situación es la “fatalidad” que le ha tocado en suerte, su “destino” – es su *facticidad* en cuanto filósofo -. Este profundo concepto heideggeriano lo “aplicamos”, por así decirlo, al filosofar –para referirnos a estas circunstancias concretas a donde con nuestra vocación hemos venido a parar, aunque no nos gusten y aunque, ciertamente, no las hayamos elegido -. Pues antes de cualquier decisión nuestra, sin que se nos haya consultado, nos encontramos *ya* en *esta* situación histórica de la filosofía. Pues a este hecho bruto, de por sí sin sentido, que es la facticidad de cada uno, el estado-de-yecto (*Geworfenheit*), el hombre en cada caso se ve forzado a otorgarle un significado, a elaborarle un sentido, sin lo cual no podría vivir humanamente. De modo semejante, también el filósofo tiene que pro- yectar sentido en lo que se refiere a su situación como pensador. La búsqueda y donación de sentido es tarea que de manera eminente le compete.

6. Apelación a lo inactual

Entonces, si por un lado, según hemos dicho, lo que “es” está hoy decisivamente determinado por la ciencia y por la técnica; pero si, por otro lado, de lo que “es” se ocupa la filosofía, la metafísica (por lo menos así solemos afirmarlo); entonces la cuestión estribará en saber *si nos rendimos* al prestigio y a la eficacia de lo vigente –o si, por el contrario -, *apelamos al poder secreto de lo inactual*, de lo que no tiene vigencia, y *allí encontramos el suelo nativo del pensamiento filosófico*. Porque si no nos dejamos seducir por las maravillas del mundo actual, sino *tomamos distancia* con respecto de él –a manera de reducción fenomenológica -, ya nos habremos desembarazado de buena parte de los hechizos con que la época nos suele atrapar. El filósofo, una vez más, y como siempre, no puede hacer otra cosa, en primera instancia, sino preguntar.

En relación con la acusación de *inutilidad*, el filósofo pregunta –al revés de lo sostenido por Marx –si lo que ha ocurrido no es que los filósofos *no* se

hayan ocupado de transformar el mundo, sino más bien si no se han ocupado demasiado de ello, y es ya hora de que lo dejen tranquilo (Odo Marquard). El hombre, sobre todo el hombre occidental, europeo, quizás ha obrado *demasiado*. Y, sin embargo: “Falta mucho para que pensemos sobre la esencia del obrar (*Handeln*) en forma suficientemente decidida” 1. La filosofía, la existencia humana, no es en su último fondo “acción”, praxis (¡y menos todavía acción directa!), sino relación-al-ser.

Respecto del reproche de *irrealidad* –reproche que parte de la identificación de lo real con los hechos, y se apoya en ella -, el filósofo contesta que no *hay hechos “puros”* – que los “hechos” de que se ocupa la ciencia (o la política, o el hombre de la vida diaria) son resultantes de una interpretación, de un sentido que se ha proyectado en cada caso, y que el *sentido* no es un *hecho*, no es nada *dado*, sino *pro-yectado* - Y ¿es acaso la “ciencia” misma un hecho? ¿Con qué instrumentos se la observa? ¿Qué cálculos hay que hacer para definirla? Tales preguntas bastan para hacer patente que no hay manera ninguna de decir científicamente qué sea la ciencia - lo cual equivale a afirmar que con tales preguntas hemos salido ya del territorio de la ciencia para penetrar en el ámbito de la filosofía. Pues la ciencia requiere la comprensión del *ser del ente* de que se ocupa, se fundamenta sobre el *sentido* de aquello que investiga.

(Debiera ser obvio; pero los malentendidos –involuntarios o premeditados- siempre asechan a la filosofía. Por ello es preciso decir expresamente que *de ninguna manera* se trata de negar la importancia de la ciencia y de la técnica. Ello sería necedad e hipocresía. De lo que se trata es de señalar la in-suficiencia de la ciencia, para mantenerla así dentro de sus límites legítimos y *allí* potenciarla – porque cuando transgrede sus fronteras, la ciencia va a parar fatalmente a la ramplonería del positivismo que, sin advertirlo, promueve la ciencia a metafísica -

7. La distancia

De aquella manera, el filosofar nos libera de lo inmediato –de las circunstancias y del hoy pasajero -. Pero no para abandonarlos – sería ilusión salir de este mundo, de saltar la propia sombra -, sino para darles un sentido. En lugar de quedar encadenado en lo inmediato, el pensamiento efectúa su autoafirmación radical. Pensar, preguntar, significa esencialmente pensar con libertad, establecer distancias –practicar la *epojé*- respecto de todo lo dado. Quien queda adherido a lo inmediato, por más urgente que ese sea, se encuentra impedido de pensar y dista poco, en este respecto, del animal. El hombre de ciencia, o el que analiza críticamente y proyecta la acción, y el hombre de la vida diaria, en la medida en que todos ellos piensan (y por cierto que de algún modo lo hacen), de algún modo practican esta toma de distancia. Pero no reflexionan sobre la *distancia* misma. Esto es competencia del *filósofo*, - *el que piensa lo distante*, el que medita sobre lo que establece las distancias y diferencias entre las cosas -. Es también por ello el que piensa para lo distante, para el futuro, de modo que su pensar sea a la vez pedagogía, porque sólo a la distancia el pensar rinde fruto, como todo lo auténticamente creador, como todo buen cultivo. Lo inmediato no puede ser más

que especie de trampolín para emprender el “vuelo del alma” de que hablaba Platón. Lo inmediato es para el filosofar nada más (pero nada menos) que el suelo donde se afirma para realizar el salto metafísico desde lo sensible hacia el mundo del sentido –hacia el “mundo” a secas.

Filosofar no es ni más ni menos que esto: el “movimiento” de la existencia humana hacia *lo más distante*. Y eso más distante (y a la vez y por ello lo más próximo) es lo que llamamos el *ser*, bajo cuyo brillo tan sólo los entes toman sentido, “son”. Preguntar “*por el ser significa (...) preguntar qué es eso –el ser– que, alumbrándose en cada caso (individual o histórico) de diferente modo, según figuras distintas, y de un modo que no depende del hombre –que sin embargo ‘necesita’ del hombre para acontecer, puesto que el hombre es el ‘ahí’ (Da) del ser –, ‘hace que haya entes y los haya tales o cuales, aquello a cuya luz los entes ‘son’, pero que a su vez no es ya un ente’*” 2. Ésta es la pregunta que formula la filosofía –la que siempre preguntó y la que siempre preguntará, según Aristóteles – a no ser que un buen día, o un mal día, las máquinas, el cálculo, la planificación y la ingeniería genética le esterilicen al hombre su capacidad de reflexionar, de interrogar: - *de preguntar, no de responder* --, porque la filosofía no es fórmula, receta ni doctrina.

La filosofía –contra lo que pudiera surgir el tema bajo el cual nos ha convocado este Congreso, la filosofía no tiene vigencia – si es que con la palabra “vigencia” se alude a lo que hoy tiene vigor y observancia -. Tampoco puede decirse que la filosofía “tenga” sentido –ni lo tuvo nunca -, sino más bien que la filosofía lo da, lo *otorga* al sentido. *El sentido de la filosofía es la proyección del sentido*. El hombre, el filósofo, ha sido abandonado a su propio existir para que asuma la responsabilidad de dar y de darse sentido, y con ello se otorgue mérito o demérito. Para ello el filósofo amplía al máximo su gesto abarcador, la pregunta, y vuelve a repetir las palabras de Aristóteles: *ti tò on, toûto esti: tis he ousía; ¿qué pasa con el ser?*.

Notas

1.-M. Heidegger, *Brief über den “Humanismus”, Carta sobre el humanismo*, comienzo.

2.- A.P.Carpio, *El sentido de la historia de la filosofía*, Buenos Aires, Eudeba, 1977, p.349.